

exterior, multiplicaba en lo interior medios de santificación y progreso espiritual. La sociedad se había constituido en sus leyes, hábitos y costumbres, tendiendo únicamente á la perfección cristiana; y esta tendencia se traslucía por prodigios de virtud y santidad, en todas las condiciones, en toda la escala social. Se multiplicaron las fiestas cristianas para satisfacer los pladosos deseos de las mansedumbres. No entraba en los cálculos de esta época ajustar cuentas con el cielo, ni creer perdidos los días que se sustraían á los trabajos materiales para consagrarlos en servicio de Dios. Todos los júbilos, todas las fiestas populares eran sancionadas por la religión, y jamás se realizó tanto como en esta época la palabra sagrada: *Beatus populus qui sat jubilationem*. El año era un ciclo religioso en que cada fase estaba marcada con una solemnidad religiosa. La fiesta del Corpus, ó del Santísimo Sacramento, tan popular en Francia, bajo el título de *Fête-Dieu* (fiesta de Dios), en España y las Américas, bajo el nombre del *Día del Señor*, fué instituída desde luego por Hugon, obispo de Lieja, en 1220, y hecha obligatoria para toda la Iglesia por Urbano IV. Todas las pompas exteriores y magnificencias del culto se desplegaban para hacer esta fiesta digna del Sacramento de amor. Aun en nuestros días, á pesar de todo cuanto se ha estado haciendo desde dos siglos há para apagar la fe en el corazón de las generaciones, y para desarraigar todos los recuerdos, todas las tradiciones católicas, el *Día del Señor* es aun la fiesta por excelencia. Todos los años, lo mismo en las aldeas pequeñas que en las ciudades opulentas, se erigen en cielo raso arcos de triunfo y altares para recibir al Rey pacífico, que va pasando por las calles y moradas de sus hijos en medio de las riquezas que la naturaleza y el arte le prodigan á su paso. ¡Pero júzguese del entusiasmo que la institución de esta fiesta hubo de excitar en medio de las poblaciones tan profundamente católicas y fervorosas del siglo XIII! El admirable oficio, compuesto por santo Tomás de Aquino, verdadera obra maestra de piedad, ciencia y fe, era cantado por todas las bocas, sentido por todos los corazones. El sacramento del altar, centro augusto de

la vida espiritual del mundo, fué rodeado de nuevos homenajes. Las custodias donde reposa la majestad de Dios para bendecir á sus hijos fueron esmaltadas de oro y pedrerías. La liturgia de la misa fué comentada por los mas sabios. Inocencio III le consagró su piadosa obra *Misterium Misæ*. — Con paralelo movimiento se desarrollaba el culto de María, que tomó entonces fecundidad activa y maravillosa. Desde el año 1140, los canónigos de Lyon instituyeron la fiesta de la *Inmaculada Concepcion*, á cuya institución hizo san Bernardo aquella prudente oposición de que hemos hablado. En 1389, Urbano VI hizo general la fiesta de la *Visitacion*, instituída por san Buenaventura. El culto de María fué como el alma de la edad media; así es que todos los hombres grandes de este tiempo aparecen como fieles siervos de la Madre de Dios. San Francisco de Asís la intitula *Código de sus indulgencias*. Santo Domingo le teje una corona de rosas, á la que todas las manos le añaden una flor: Santo Tomás de Aquino le debe la pureza, hermana del ingenio. San Buenaventura la encomia como su madre, no de otro modo que el desterrado suspira por su patria. Alejandro de Alés renuncia por ella á la gloria de un nombre famoso, á los aplausos de la escuela, á los gozos de la ciencia; Alberto el Magno, le pregunta los secretos de la naturaleza. San Bernardo, en fin, maestro de reyes, consejero de papas, tutor de imperios, hace reinar la Virgen en el mundo, haciéndola reina de su corazón. A los ojos de los escritores de esta época, María era como un espejo divino, en el cual iban á reflectar todas las ideas teológicas ó especulativas, todos los hechos de la historia, de la religión, de la naturaleza. Las *Sumas*, que contenían la vida de la Madre de Dios, llevaban los nombres de: *Espejo de la Virgen*, *Rosal de Nuestra Señora*, *Corona de estrellas*, *Flora de María*, *Verjel de María*. El hábito de escribir sus alabanzas las hacía titular simplemente *Mariales*. La imagen de María aparecía en ellas, como en los pórticos de las catedrales, rodeada de todos los coros angélicos, de todos los reyes de Israel, de todos los patriarcas de la antigua ley, de todos los santos de la nueva. El culto de

María se acrecentó aun mas por un acontecimiento milagroso que acreditaron entonces las mas respetables tradiciones de aquella época. Se decia que el 10 de mayo de 1291, un mes despues de la toma de Trípoli y Ptolemáida, últimas ciudades que quedaban en poder de los Latinos de Palestina, la *Santa Casa*, habitacion de la santísima Virgen en Nazareth, habia sido transportada por los ángeles á Italia, y se habia fijado en Loreto, donde en breve fué objeto de célebre peregrinacion. Otros oratorios consagrados á María se levantaron en todos los puntos de la Europa, á donde acudian presurosos todos los fieles. ¡Edad venturosa en que nos aparece el mundo arrodillado ante la que llamaron nuestros caballeros antepasados *Nuestra Señora!* La imágen de la Virgen se hacia hermana casta de los pensamientos del jóven, le purificaba sus afectos y elevaba sus esperanzas: el anciano la saludaba como los pasajeros al puerto. La santísima Virgen coronaba todas las obras, dominaba todas las glorias; triunfante y victoriosa, reposaba en claras ráfagas de luz en las vidrieras de nuestras catedrales, en el fondo de todos los santuarios: á esta santa y tierna imágen llevaban, el caballero en su pesada coraza, el religioso en su sayal de paño. A esta esculpia el Dante en sus inmortales versos.

11. El movimiento de santidad que se llevaba tras sí á la edad media fué poderosamente favorecido por la extension de las órdenes religiosas. El claustro abria sus puertas á las almas descarriadas, á los pecadores arrepentidos, al mismo tiempo que ofrecia á las ciencias y á las letras un refugio y un abrigo. En derredor de los monasterios se desarrolla la vida social: fundábanse aldeas y villas; la industria, la agricultura, las artes con que tanto se engalana nuestro siglo nacieron á la sombra de las órdenes religiosas. El siglo XIII vió aumentarse su número á medida que los sentimientos de fe y de piedad llamaban mayor número á la práctica de los consejos evangélicos. En vano ponía cortapisas la legislacion prudente de la Iglesia á la fundacion de nuevas órdenes religiosas: el Espíritu Santo, que suscitaba en la Iglesia vocaciones diversas, debía

allanar para estas las dificultades y les preparaba camino. — La congregacion de Cluny se presenta la primera en el órden cronológico. Ya hemos referido el brillo que debió á la alta virtud de Pedro el Venerable y la gloria que le fué reservada de engendrar á la vida monástica tan gran número de grandes almas. La supremacía de Cluny se ejercia sobre todos los monasterios de la órden de san Benito: y esto era causa permanente de influencia que llevó al mas alto grado el poder y riquezas de esta congregacion. Subsiguióse el relajamiento, como acontece por ley del género humano. Mas la reaccion salió del seno mismo de la comunidad de Cluny, y tuvo por autor á san Roberto de Morimundo, que escogió para establecer su reforma, en 1098, el monasterio del Cister, cerca de Dijon, destinado á tanta ilustracion y gloria<sup>(1)</sup>. Veinte años mas tarde, Pascual II dió la institucion definitiva á esta reforma con la famosa bula titulada: *Charta charitatis*. El Cister fué muy pronto iluminado por la gloria del gran san Bernardo, que le dió un lustre universal. — El órden de Grammont, fundado por Estéban de Thiers, en 1073, habia comenzado con fervor, piedad y regularidad edificantes. San Gregorio VII dijo al aprobar este instituto: « Creced y multiplicad vuestras casas como » las estrellas del cielo, mas pedid antes gracias espirituales que » favores de la tierra. » Estéban, como todos los fundadores de órdenes religiosos, habia tomado por base de su regla la de san Benito, sin querer sin embargo afiliarse á su órden su congregacion. « Si se os preguntase, decia á sus religiosos, á qué » órden perteneceis, responded que al del Evangelio, que ha » dado origen á todas las reglas. » Para alejar á sus monjes de todo comercio con el mundo, quiso que hermanos legos estuviesen solamente encargados de la administracion temporal de su órden. — La fundacion de los Cartujos, en 1084, por san Bruno, fué tambien una protestacion del espíritu de penitencia contra la relajacion que se habia introducido en algunas

(1) Desde la revolucion, este tan santo y admirable monasterio es una casa de presidarios ó de correccion. ¡O tempora!

(El Traductor.)

comunidades religiosas. Nunca se había rodeado la vida monástica de tantos rigores y austeridades. San Bruno puso la cuna de su orden en el desierto llamado *Carthusium*, Cartuja, á algunas leguas de Grenoble. Los religiosos tenían que guardar toda su vida silencio absoluto y no habiendo renunciado al mundo sino para conversar de continuo con el cielo. Como los solitarios de la Tebáida, no habían de comer nunca de carne, y su hábito solo debía de ser un cilicio: trabajos manuales, interrumpidos por la oración en comun, y el estudio solitario; una tabla por cama con el ataúd á los piés, una celda estrecha, con un jardinito que había de cultivar el monje con sus propias manos, hé aquí su sistema de rigor. Desde hace ochocientos años esta orden subsiste, dando al mundo ejemplo de la mas austera y sincera virtud. Poco mas tarde se fundaron monasterios para religiosas, con igual rigor y reglamentos.— Hemos hablado á su tiempo de las órdenes de los Carmelitas, de los Premonstratenses, de Fuentelbrando, de San Francisco y de Santo Domingo. Los establecimientos religiosos se multiplicaron para socorrer todas las miserias y consolar todos los padecimientos. Seria un cuadro muy sentimental formar la historia de la caridad, naciendo en el Calvario, y pasando al través de los siglos con Jesucristo, su rey modelo, *haciendo bienes*. La edad media es la época de las grandes epidemias que despo- blaban ciudades enteras, y que bajo el nombre genérico de peste se reproducian á intervalos, sembrando por do quiera el espanto y la muerte. Fueron erigidas diversas cofradías para alivio de los apestados, y aun subsiste la de los penitentes en el mediodía de Francia y en Italia.— La lepra, muy comun entonces en nuestras comarcas, pero que se había visto antes de las cruzadas, se propagó con mayor intensidad en aquellas expediciones lejanas: se erigieron entonces las *leproserías*, en las cuales ciertos religiosos se consagraban al servicio y curación de los leprosos. Hemos hallado en un ritual de esta época la fórmula de la consagración de estos religiosos para este tan caritativo objeto. No pueden leerse sin emoción las palabras de un juramento sublime por su sencillez y fe, y en virtud del

cual vírgenes tímidas y jóvenes animosos, orgullo y esperanza de sus progenitores, se separan del seno maternal, para constituirse hermanos y hermanas, segun la gracia de los abandonados de sus propios hermanos y hermanas, segun la naturaleza, haciendo voto de morir por Cristo y sus miembros pacientes.— Los Hospitalarios se habían fundado en 1096 para combatir una terrible enfermedad llamada *fuego de san Anton*, ó *fuego sacro*, que se llevaba víctimas á millares.— Los Trinitarios, que mudaron mas tarde su nombre en el de *Padres de la Merced*, por haberse puesto bajo la protección de Nuestra Señora de la Merced (1). Se habían consagrado desde el principio del siglo xiii á la redención de cautivos en poder de infieles.— Al lado de estas milicias pacíficas del claustro, de los hospitales, de las leproserías, de las obras de caridad de todo género, hemos visto formarse las órdenes militares que defendian con la espada la fe que sus hermanos hacian brillar en la sombra de las soledades. La vida cristiana se iba desarrollando de este modo por todas las comarcas, bajo toda bandera, y por do quiera hallaba la caridad una lágrima que enjugar, una herida que curar, un dolor que consolar. Para dar á nuestro siglo frívolo y volátil una idea de la vida interior y hábitos santos de un monasterio del siglo xiii, que trasladamos de un contemporáneo. « He pasado ocho meses en Marmoutiers, dice el cronista » Guiberto de Gemblours, y he sido acogido no como huésped » sino como hermano. Son desconocidas en aquella apacible » mansion los odios, envidias, animosidades: la ley del silen- » cio, observada con prudente severidad y exactitud, las des- » tierra para siempre. Una mirada del abad basta para recor- » dar la regla y su observancia. Los cargos son ejercidos por

(1) Son dos órdenes muy distintas la de los Padres Trinitarios, fundada por san Juan de Mata y san Felipe de Valois, en *Ciervo frígido*, diócesis de Meaux, en Francia, y la de los Padres Mercenarios, ó de Nuestra Señora de la Merced, fundada en Barcelona por san Pedro Nolasco. Tenian hábito diferente y constituciones diferentes. Ambas religiones han tenido numerosos conventos en España hasta la desgraciada época de la revolución. Nos admiramos de la ligereza con que el autor afirma hechos y cosas contrarias á la verdad, y á lo que él mismo refiere en el cuerpo de su historia. (El Traductor.)

» religiosos de acrisolada virtud. ¡ Dónde se hallará mas reco-  
 » gimiento en los Oficios, mas piedad en la celebracion de los  
 » sagrados misterios, mas benevolencia y caridad con los ex-  
 » traños! La modestia, humildad y calma de buena conciencia  
 » reinan en todos los rostros; se respira en aquel lugar la  
 » verdadera paz de Cristo. La mucha deferencia y miramientos  
 » mantienen una armonía celestial; el fuerte sobrelleva al flaco,  
 » el superior se sacrifica en servicio de sus inferiores que le  
 » devuelven en reconocimiento y sincero respeto lo que les da  
 » de solicitud y cuidados. En esto se palpa como no hacen sino  
 » un solo cuerpo la cabeza y los miembros. Los recuerdos del  
 » mundo se quedaron en la puerta del monasterio. Nadie se  
 » vanagloria ni de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de sus  
 » dignidades en el siglo: la sola nobleza y milicia, son ser sier-  
 » vos y soldados de Cristo. Los trabajos, ayunos y vigili-  
 » as doman el cuerpo con sus pasiones y codicias, reduciéndolo  
 » á esclavitud. Toda la conducta exterior está sometida á una  
 » regla sabia que todo lo tiene previsto y ordenado. En el  
 » campo, en la iglesia, en el taller, nada se hace sin medida,  
 » y todo á su tiempo. La presencia de Dios domina á toda la  
 » vida y anima á todas las acciones. Se otorga á la naturaleza  
 » el descanso necesario, y todo lo demás está consagrado al  
 » Señor. Parece que en esta milicia celestial los soldados hacen  
 » resonar sus armas espirituales desde el alba del día hasta la  
 » hora de sexta. Solo Dios sabe el secreto de sus abundantes  
 » limosnas. Cada día se hacen en la puerta del monasterio dis-  
 » tribuciones de víveres á los necesitados, y además el abad  
 » hace comer á su lado á tres pobres como representantes de  
 » Cristo. Durante la comida, sirve de alimento espiritual á los  
 » religiosos una lectura piadosa. — Muchos de ellos están ocu-  
 » pados en la copia de manuscritos preciosos. Son verdaderos  
 » tesoros donde viene á enriquecerse diariamente la ciencia y  
 » la virtud. A mas de las pláticas cotidianas, predicadores elo-  
 » cuentes parten el pan de la palabra á los religiosos en las  
 » grandes fiestas. Yo oia cómo estos santos solitarios se exhor-  
 » taban recíprocamente á la virtud, y se consolaban entre sí,

» y se animaban para correr veloces el camino del cielo. ¡ San-  
 » tas paredes! piadosos habitantes! ¡ Con qué dolor me separé  
 » de vosotros! Pero vosotros habeis guardado la mejor parte  
 » de mí mismo; pues que en tanto que mi cuerpo se ausen-  
 » taba quedaba allí mi corazón! »

12. El desarrollo de los monasterios coincidía con el movi-  
 miento intelectual que ya hemos indicado, y que se manifes-  
 taba por la creacion de las universidades y el vuelo del nuevo  
 arte cristiano que pobló al suelo de maravillas. Es muy digno  
 de notar el origen exclusivamente eclesiástico de todas nues-  
 tras universidades, que se titularon así, porque abrazaban la  
 enseñanza de todos los conocimientos humanos adquiridos  
 hasta entonces. Ya hemos referido que la elocuencia de Lan-  
 franco, de Abelardo y de san Anselmo les acarrea inmensa  
 concurrencia de oyentes. La historia pues nos presenta en cier-  
 tas épocas privilegiadas, como un *despertador* del espíritu hu-  
 mano, ansioso de ciencia y propenso naturalmente á lanzarse  
 en pos de los brillantes astros de la ciencia que lucen con mayor  
 esplendor en el dominio de las artes y letras. Ahora bien, la  
 señal de la restauracion intelectual se dió en el seno del claus-  
 tro. Se habian conservado en los monasterios los preciosos  
 manuscritos de la literatura antigua, con la cual estaban tan  
 familiarizados los monjes, que Vicente de Beauvais cita en su  
 grande obra mas de tres mil pasajes de autores latinos y grie-  
 gos. La antorcha de las ciencias se encendió pues con las cen-  
 tellas de los inmortales genios de Atenas y Roma. Los papas  
 se mostraron muy solícitos en dirigir al humano ingenio en esta  
 nueva senda, y con este objeto crearon las universidades. Esta  
 institucion de los soberanos pontífices, que tan ingrata se ha  
 mostrado despues con ellos, merece ser examinada. Todas las  
 corporaciones tenian en la edad media su autonomia, sus leyes,  
 privilegios y dignidades. Las universidades fueron concebidas  
 con el mismo objeto y bajo igual plan. Se nombró un *procura-*  
*dor* para representar á sus nacionales, ó paisanos, como en el  
 día los cónsules ó embajadores en la política; porque en aquella  
 época el amor á la ciencia era *cosmopolita* mucho mas que en

la nuestra. Desde el fondo de la Alemania, Inglaterra, Italia ó España acudian los literatos y estudiantes á las universidades mas célebres de Francia; y recíprocamente, los de esta iban á Salamanca, á Oxford, á Bolonia, etc., etc. Al llegar los extranjeros á una ciudad lejana para estudiar en su universidad, hallaban en el *procurador* y sus consejeros como una nueva patria propia. Los diferentes *procuradores* elegían al *rector*, cabeza de toda la universidad, el cual ejercía toda la autoridad que conocemos aun en las últimas universidades antiguas subsistentes. Despues de los *procuradores* venían los *decanos*, que representaban las provincias ó diócesis en particular, y que ejercían cierta autoridad subalterna sobre cada fracción del país respectivo. Los papas habían asegurado de antemano sobre los bienes eclesiásticos el coste personal de cada estudiante; y para precaver toda especie de desorden, habían decretado medidas severas y aun la excomunion para impedir en las ciudades de universidad la carestía y sobrado precio de las subsistencias. — No se ha querido insistir en nuestra época sobre el carácter esencialmente organizador de los papas, carácter que por fin logró llevar el timon del movimiento de la sociedad de la edad media. [La revolucion moderna ha querido destruir cuanto pudiera testificar el noble origen de las universidades; sin embargo, los hombres de talento superior que se han tomado el trabajo de escudriñar el gran período de la edad media, hacen ya justicia á la sublime mision de la Iglesia y á la vigilante y perenne solicitud de los papas y obispos que la han llenado tan desinteresada é ilustradamente en medio de circunstancias críticas, y al través de obstáculos que solo ha podido vencer el celo.]

13. El siglo XIII vió nacer el arte cristiano (1), que hasta este día, para nuestras comarcas y climas, ha realizado el ideal de

(1) Es, si no un error, una exageracion. Desde la paz de la Iglesia ha existido este arte, y á no ser por las continuas devastaciones de iglesias y edificios públicos de los siglos IV al X, y despues por los Sarracenos, Albigenses y otros malévolos, se conservarían aun muchos edificios de la arquitectura griega y romana aplicada á la religion.  
(El Traductor.)

la arquitectura religiosa. Nuestras antiguas catedrales son dignos monumentos de un pueblo cuyo pensamiento, dominando á todos los intereses materiales y terrestres, solo tenía el cielo por horizonte, límites y esperanzas. La giralda ó flecha gótica que corona nuestras ciudades y domina á lo lejos á todas las mas elevadas cumbres, edificios, es como la perenne oracion de toda una provincia, de todo un país elevado hácia el cielo de continuo, todo un mundo vive, respira y ora en una catedral gótica. « El templo cristiano, dice el malogrado Lamennais, representa el concepto de Dios y su obra: representa » la creacion en su estado presente, y en sus relaciones con el » Estado, leyes y destinos futuros del hombre. Símbolo de la » divina arquitectónica, el cuerpo del edificio, así como el » modelo cuyo tipo real reproduce, parecen dilatarse indefinidamente, y bajo elevadas y anchurosas bóvedas que se » arredondan como las de los cielos, expresa con sus fuertes » sombras y la tristeza de sus medias-luces, en el desfallecimiento » del universo, oscurecido despues de su caída. Un misterioso dolor os sobrecoge en el umbral de este sombrío recinto, » donde el temor, la esperanza, la vida, la muerte, exhaustas de todas partes, forman por su mezcla indefinible una » especie de atmósfera silenciosa que calma los sentidos, y al » través de la cual se divisa, rodeado de una luz vaga, el » mundo invisible. Una potencia secreta os atrae hácia el punto » á donde convergen las largas naves, á donde reside, velado, » el Dios Redentor del hombre y reparador de la creacion... »

14. Además de este simbolismo puramente natural, la catedral gótica ofrece un simbolismo religioso y cristiano, que le imprime un carácter particular de majestad casi divina. La catedral gótica es la representacion en piedras de la cruz en que se dignó morir Jesús. Los pilares de la nave principal son doce para figurar á los doce Apóstoles; [en fin, todo cuanto constituye el fondo é interior de la basílica, todo, todo lleva una significacion mística, y no hay construccion interior, por pequeña que sea ó por retirada que se halle, que no se refiera al conjunto de la idea principal del arquitecto.] Y no se crea que eran albañiles ordi-

narios los que lanzaban esas giraldas á lo alto del espacio, los que levantaban esos majestuosos edificios, cuya sola presencia habla ya al corazón, cuyas líneas regulares, cuyas columnas graciosas, cuya selva de pilares, cuyos miles de chapiteles, arcos y contornos forman un conjunto admirable. Sin embargo sus nombres nos son desconocidos; porque su genio artístico tenía por guía y móvil la fe. Satisfechos con acabar su obra sin dejar en parte ninguna el menor vestigio de su nombre, se contentaban ordinariamente con pedir ser enterrados en el pórtico de su catedral; y en su tumba, por cierto poco afectada, á penas si permitían que se les pusiese el simple título de *albanil*, ó de *picapedrero!!!* Y hoy!..... — Los siglos XII y XIII vieron, en todos los puntos de la Europa cristiana, cómo la fe transportaba montañas, y levantaba esas augustas basílicas que desafían á la impotencia moderna. A esta época suben en España las catedrales de Toledo y Burgos; en Inglaterra, Westminster, la nave de Durham, el coro de Ely, las catedrales de Salisbury y York; en Francia, las de Chartres, Reims, Troyes, Orleans, Tours, Beauvais, Estrarburgo, Amiens, Nuestra señora de París, la Santa Capilla; en Bélgica, la iglesia de Santa Gudula de Bruselas; en Alemania, los catedrales de Colonia, Tréveris, Friburgo; en Dinamarca, la catedral de San Olao, de Dronthenis, etc., etc. Así iba sembrando el arte cristiano sus maravillas en medio de una sociedad para la cual el elemento religioso era principio y fin de todas las cosas y que subordinaba todos los intereses de la tierra á los de cielo.

## ÉPOCA SEXTA

DESDE BONIFACIO VIII, EN 1294, HASTA LUTERO, EN 1517.

### CAPITULO PRIMERO.

#### SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE BONIFACIO VIII (24 de diciembre de 1294-11 de octubre de 1303).

1. Carácter de la sexta época. — 2. Estado del mundo al advenimiento de Bonifacio VIII. — 3. Paz entre la Santa Sede y Jaime II, rey de Sicilia, tan pronto concluida como quebrantada. — 4. Rebelion en Roma. Los Colonnas. — 5. Bula de la institucion del Jubileo. — 6. Contienda entre Alberto de Austria y Adolfo de Nassau por la corona imperial. Alberto de Austria es reconocido emperador de Austria. — 7. Felipe el Hermoso, rey de Francia; Eduardo I, rey de Inglaterra. Bula *Clericis laicos*. — 8. Bula *Ineffabilis*. — 9. Bula *Ausculat, Fili*. Estados generales de Francia reunidos en París. — 10. Concilio de Roma. Bula *Unam sanctam*. — 11. Escena sacrilega de Anagni. Muerte de Bonifacio VIII.

§ II. PONTIFICADO DE SAN BENITO XI (22 de octubre de 1303-6 de julio de 1304).

12. Dificultades del gobierno de la Iglesia al advenimiento de san Benito XI. — 13. Muerte de san Benito XI. — 14. Güelfos y Gibelinos en Florencia. — El Dante.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE V (14 de noviembre de 1305-20 de abril de 1314).

15. Críticas contra el gobierno de Clemente V. — 16. Eleccion de este papa. Calumnias de que ha sido objeto. — 17. Translacion de la Santa Sede á Aviñon. — 18. Primeros actos de Clemente V. Rehusa anular la Bula *Unam sanctam*. — 19. Los Templarios. — 20. Arresto de los Templarios. — 21. Crímenes que se les imputaban. — 22. Décimoquinto concilio general de Viena. Bula de abolicion de la orden de los Templarios. — 23. Suplicio de Jacobo Molay. — 24. Resumen crítico del proceso de los Templarios. — 25. Condenacion de los Albigenses por el concilio general de Viena. Division en la orden de San Francisco. — 26. Enrique de Luxemburgo, emperador. Muerte de Felipe el Hermoso y de Clemente V. — 27. Santos de este periodo.